

Este trabajo pertenece al número 3-2011

Entrevista a Sergio Bitar, político chileno **MI VIDA PARA LA LIBERTAD DE CHILE**

Sergio Bitar es uno de los políticos más reconocidos de Chile. Desde su ingreso a la universidad hasta nuestros días ha sido un protagonista indiscutible de la vida política chilena. Entre los años 1971 y 1972 fue asesor del presidente Salvador Allende, y su ministro de Minería en 1973. En ese período fue uno de los principales dirigentes del partido Izquierda Cristiana. Tras el golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973 fue hecho prisionero y trasladado al campo de concentración de Isla Dawson (en la zona más austral de Chile) y luego a sitios de confinamiento político en Puchuncaví y Ritoque. Forzado al exilio por 10 años, vivió en Estados Unidos y en Venezuela. En la década del 80 se unió a las fuerzas democráticas, y contribuyó a fundar, junto a Ricardo Lagos, el Partido por la Democracia (PPD). Fue coordinador de la Concertación de Partidos por la Democracia.

Entre 1994 y 2002 fue senador de la República y entre 2003 y 2005 ministro de Educación del gobierno del presidente Ricardo Lagos, cargo desde el cual realizó un amplio quehacer para elevar la calidad de la enseñanza. Actuó de coordinador de la campaña presidencial de Michelle Bachelet en la segunda vuelta electoral, y durante su mandato fue ministro de Obras Públicas.

En la actualidad colabora con los sectores de centro izquierda y progresistas de Chile. Sergio Bitar ha aceptado responder este cuestionario de *Espacio Laical*, lo cual constituye para nosotros un verdadero honor.

por ROBERTO VEIGA GONZÁLEZ

En su libro *Chile, más allá del Bicentenario* usted escribe sobre la necesidad de “trascender las estrategias derivadas del quiebre institucional de 1973 para la recuperación democrática”. ¿Cómo marca ese año la experiencia del progresismo chileno?

La muerte, la tortura, la prisión y el exilio que siguieron el golpe militar de 1973 contra el presidente Salvador Allende y la Unidad Popular (UP) nos enseñaron muchas cosas. Primero, que la polarización previa al golpe, entre fuerzas de izquierda y de centro, y la pugna al interior de las fuerzas de izquierda, debilitó la capacidad de efectuar las transformaciones democráticas y facilitó la estrategia de la derecha política y económica de dar un golpe militar. Los tiempos de Nixon y Kissinger, la guerra de Vietnam, la confrontación entre Estados Unidos y la URSS, crearon una atmósfera antagónica a las reformas sociales en América Latina, que de inmediato eran atacadas por los conservadores norteamericanos, quienes dejaban caer su mano pesada para detener los cambios sociales. Segundo, también nos enseñó a pensar de forma menos ideológica y sí con más pluralismo. La vida en el exilio nos mostró muchas experiencias de cambio social y la necesidad de crear amplias mayorías. En la patria los chilenos vivían a diario la represión interna y aprendieron a buscar convergencias entre quienes querían libertad, democracia y justicia. Aquel menosprecio por la “democracia burguesa”, frecuente en los discursos de la izquierda tradicional, fue quedando atrás. Poco a poco se aglutinaron las fuerzas políticas y para enfrentar a la dictadura logramos constituir lo que después sería la Concertación de Partidos por la Democracia.

¿Cómo fue su incorporación al gobierno de Allende tras haber trabajado con el candidato demócrata-cristiano Radomiro Tomic? De aquellos hechos, ¿qué experiencias y lecciones considera usted útiles para las personas comprometidas con la democracia, los valores republicanos y la justicia social? ¿Cuáles fueron esas estrategias para la recuperación democrática?

No fue nada fácil transitar de uno al otro. Yo trabajé en la campaña de Radomiro Tomic y apreciaba las grandes coincidencias programáticas entre ambos candidatos: Allende (Unidad Popular, socialistas y comunistas) y Tomic (democratocristiano). Sin embargo, una brecha ideológica casi insalvable separaba al centro y a la izquierda. Después de la elección de Allende, mientras yo estudiaba en Estados Unidos, me vi ante el dilema de decidir si apoyaría o no al nuevo gobierno, que caminaba por un riesgoso desfiladero. ¿Me sumo y ayudo a evitar el golpe o permanezco impasible y con ello dejo que el golpe ocurra? Me sumé al gobierno de Allende. Al regresar se formó la Izquierda Cristiana, que ayudé a fundar y se integró a la Unidad Popular y al gobierno. Aprendí importantes lecciones: evitar la polarización social y un antagonismo que enemiste; eludir ideologías alejadas de la realidad; construir mayoría para conducir los cambios en democracia y adoptar medidas pragmáticas para resolver los problemas de la gente.

Tras el retorno de Chile a la democracia, su país ha vivido dos décadas intensas de reformas, progreso social, apertura y cambio. ¿Cómo trabajaron los sujetos sociales más activos para vitalizar la sociedad y conseguir el suficiente consenso, así como la necesaria movilización, con el propósito de desarrollar esa nueva democracia? ¿Qué propuestas, actitudes y acciones fueron decisivas?

Creo conveniente distinguir dos etapas: los años previos al plebiscito para decir NO a Pinochet; y los años siguientes al triunfo en la elección presidencial y parlamentaria de la Concertación de Partidos por la Democracia, que gobernaría Chile durante 20 años (1990-2010).

La primera etapa fue un proceso de múltiples convergencias. Entonces los partidos estaban prohibidos, perseguidos y divididos, campeaban el desempleo y el hambre, los medios de comunicación estaban controlados por el régimen, abundaba el asesinato de dirigentes; la prisión y el exilio infundían un temor que paralizaba. Poco a poco nacieron confianzas entre la izquierda y la Democracia Cristiana (DC); los trabajadores organizados en las minas de cobre levantaron la voz; la Iglesia Católica defendió los derechos humanos y nos dio su respaldo moral. Se levantaron grupos de pobladores, profesionales, trabajadores, mujeres, defensores de los derechos humanos y se comenzó a retejer la sociedad civil, emergieron algunas ONG para analizar, criticar y proponer. Luego se crearon la Alianza Democrática, el Acuerdo Nacional, la Asamblea por la Civilidad, el Comité de Elecciones Libres y la Concertación por el NO.

Durante la segunda etapa los esfuerzos se concentraron en gobernar con eficacia, legislar en el Parlamento, elegir alcaldes, revitalizar a los partidos y enfrentar a los grupos pinochetistas. No olvidemos que Pinochet permaneció ocho años más como Comandante en Jefe del Ejército. En todos esos años prevaleció la democracia representativa, la gente confió y apoyó a sus líderes y a los elegidos por votación popular.

La unidad de las fuerzas democráticas era imprescindible, pues la votación de la derecha pro Pinochet no bajó nunca del 40 por ciento. Además, pesaban los "poderes fácticos": el poder económico, los medios de comunicación, la cultura autoritaria en gran parte de las Fuerzas Armadas, los Senadores designados y para culminar, un sistema electoral que provocaba un empate, igualando al 60 por ciento y el 40 por ciento de la votación, con lo cual la mayoría terminaba con la misma representación que la minoría. En definitiva, el sistema heredado otorgaba a la derecha un veto en el Congreso.

Al final de la segunda etapa fue declinando la confianza en la mera representatividad. Muerto Pinochet (2006) y sintiendo seguridad y progreso, la gente fue requiriendo más espacios de participación, respeto a sus derechos y protección estatal ante los abusos. Los partidos perdieron contacto con la ciudadanía. Los jóvenes se fueron alejando de la política. No bastó esperar las lecciones para emitir un voto. Creció la voluntad de incidir en las políticas públicas del gobierno y el Parlamento elegido, y también de expresarse y manifestarse como oposición.

Después del triunfo de la derecha en 2010, este proceso se ha agudizado. La conciencia democrática, la dignidad y educación chocan con una institucionalidad política estrecha, incapaz de acoger las nuevas aspiraciones. Hoy las organizaciones de la sociedad civil han ido recobrando vitalidad. Vendrá una tercera etapa por cambios que instalen espacios de mayor participación. La nueva tarea es profundizar la democracia y reducir más la desigualdad.

La instauración de la democracia estuvo signada por importantes pactos y equilibrios entre diferentes actores políticos y sociales. Después de leer su testimonio, *Isla 10*, basada en su cautiverio por la dictadura militar, podemos preguntarnos: ¿cómo Sergio Bitar manejó sus emociones para promover, desde el Partido por la Democracia, soluciones de principios, pero fundamentadas en compromisos y diálogos muy realistas?

La vida personal toma cursos inesperados. Cuando uno vive situaciones críticas se conoce a sí mismo. En las peores circunstancias de prisión y temor a la muerte, traté siempre de preservar el equilibrio mental y evitar depresiones y desesperaciones. Me afirmé siempre en mis valores por la justicia y la libertad, pensé que la causa por lo que luché era superior. El apoyo de mi familia y la unidad con mis compañeros fueron un soporte clave. En momentos de vida o muerte, uno también se acerca a la religión. Luego del golpe, tomé una decisión fundamental: dedicar mi vida a conseguir que en Chile imperara la libertad, la justicia y la igualdad de oportunidades.

No podía luchar por esas metas si en mi espíritu dominara la revancha, el odio, la ofuscación. Era difícil no caer en ello ante la violencia y los abusos de la dictadura militar y la derecha golpista. Siempre pensé que para hacer un país mejor no puedes hacerle a tu adversario lo que no quieres que te hagan a ti. Ser consecuente con valores superiores te fortalece para avanzar. El odio socava por dentro y termina destruyéndote. Escribir el libro *Isla 10* (mi número en el campo de concentración) me liberó de parte del peso de la tragedia, al pensar que dejaba un pequeño testimonio para los que vendrán. Miguel Littin lo transformó en una película, *Dawson, Isla 10*, que ha servido para que los jóvenes mantengan los ojos abiertos.

Una educación competitiva ha sido siempre un objetivo central de su carrera política. Bajo su ministerio, Chile alcanzó una expansión vigorosa y sustentable de la misma. Es conocida su insistencia en facilitarle a las nuevas generaciones el acceso a los idiomas y a las nuevas tecnologías como forma de promover el desarrollo y la equidad. ¿Cómo ve el vínculo entre educación, democracia, desarrollo y justicia social?

El éxito de los países, su bienestar económico y convivencia social depende, cada vez más, de sus logros en educación. La fuerza principal del desarrollo en el siglo XXI es el talento humano. En Chile, la democracia creó más conciencia ciudadana. La cobertura escolar, desde kínder y pre kínder, es prácticamente total. En la educación superior se ha superado al 40 por ciento de los jóvenes entre 18 y 24 años. Avanzamos en preescolar. Se establecieron leyes de acreditación en las universidades, de evaluación de las capacidades de los maestros, de concursabilidad de los directores, de extensión de la jornada escolar. Se le ha exigido a las universidades mejorar las pedagogías y se ha brindado apoyo a profesores en servicio. Los esfuerzos educativos comenzaron a rendir frutos. Las pruebas PISA (2010) colocan a Chile en primer lugar de América Latina, entre los países que participan en ella. Cuba ocupa el primer lugar cuando participa con los demás (prueba UNESCO).

Pero en Chile hoy subsisten dos grandes problemas: la desigualdad en la calidad de la educación y el debilitamiento de la educación pública. Urge corregirlos. Sólo así podremos generar un círculo virtuoso más potente: democracia, crecimiento y justicia social, todo gracias a la educación. Más y mejor educación también es fuente de mejor productividad y emprendimiento. Mejor educación es un vehículo para la movilidad social, el mérito y la igualdad de oportunidades; más y mejor educación fortalece la sociedad civil, la

participación y la democracia.

La sociedad del conocimiento exige invertir más en “capital humano avanzado”, ciencia y tecnología. Integrarse con éxito a la economía mundial exige manejo de idiomas y de las tecnologías de la información. La formación de expertos en gestión y de pequeños empresarios es importante. Aquí veo la posibilidad de una colaboración entre Chile y Cuba, que puede ser útil a Cuba ahora que busca acelerar sus reformas económicas.

¿Cómo aprecia el presente y el futuro inmediato de su país?

Soy optimista. Sin optimismo no hay fuerza política constructiva. En 2010 dejamos una base sólida para abordar el futuro. Nada está asegurado si no realizamos reformas mayores. Primero, ampliar la democracia, dar más participación y plasmar una nueva Constitución política. Segundo, profundizar la inclusión social, la igualdad de oportunidades y realizar una importante reforma tributaria. Tercero, elevar nuestra capacidad tecnológica, con educación e investigación, y abordar nuevas áreas de “crecimiento verde”. El actual gobierno de derecha puede desviarnos de ese camino. Nuestro deber, como progresistas, es levantar una nueva plataforma con la gente para ganar las elecciones y dar un nuevo salto en equidad y participación.

Para mayor información escribir a espaciolaical@arzhavana.co.cu o llamar al (+537) 8624008, extensión 126, de lunes a viernes, de 9:00 AM a 12:00 M.

La revista *Espacio Laical* puede ser vista en www.espaciolaical.org o adquirida en la Casa Laical, sita en Teniente Rey #152 (tercer piso) e/ Bernaza y Villegas, La Habana Vieja.

CRÉDITOS:

Equipo de redacción: José Ramón Pérez, Roberto Veiga, Lenier González y Alexis Pestano.

Diseño: Ballate